Antonio Linage Conde

GABRIEL MIRO EN LAS COLECCIONES DE NOVELA CORTA

Para Angel Acebo Pérez, infatigable coleccionista y entusiasta lector de novelas cortas.

A partir de 1907, fecha de la fundación por Eduardo Zamacois de "El cuento semanal", irían surgiendo en España (1) una gran cantidad (2) de colecciones de novela corta (3), todas de aparición periódica, casi siempre ilustradas y algunas de gran difusión. Cuando en 1932 deja de salir "La novela de hoy", nos encontramos ante un síntoma decisivo de la decadencia del fenó-

(1) Algunas en Cataluña y en catalán. Otras en Hispanoamérica. También las hubo en Portugal. Del resto de las literaturas occidentales nos falta información. Por supuesto que nos estamos ocupando de las colecciones de obras sobre todo inéditas. Porque también proliferaron las de extranjeras, consagradas e incluso clásicas. Pero esa ya es otra cuestión.

(2) Entre 1907 y 1936, Luis Sánchez Granjel (p. 2 del artículo que será citado en la nota siguiente), habla de «siete grandes colecciones de novela breve y unas veinte colecciones con efímera existencia», calculándolas unos cuatro mil títulos. Pero los materiales que nos ha mostrado el librero y erudito sevillano Abelardo Linares nos denotan a simple vista una cantidad desbordantemente mayor.

(3) Se puede sostener que el tema está por estudiar. De ninguna colección hay siquiera un inventario, como las que se han publicado para las dramáticas de pareja índole, «La farsa» y «El teatro popular». Luis Sánchez Granjel ha descrito las más numerosas en *La novela corta en España (1907-1936)*, en «Cuadernos hispanoamericanos», núm. 223, (1968), 1-68. Federico-Carlos Saínz de Robles le ha dedicado varios libros. Dos estudios, más bien por autores: *Raros y olvidados. La promoción de «El cuento semanal»* (Madrid, 1971); y *La promoción de «El cuento semanal». 1907-1925. (Un interesante e imprescindible capítulo de la historia de la novela*

meno. Al estallar la guerra civil, cesa naturalmente la publicación de "La novela de una hora", una serie que se había iniciado aquel mismo año de 1936. El último de la guerra se funda en la zona nacionalista "La novela del sábado", que continúa el siguiente, 1940. Y el último coletazo sería la tentativa de Camilo José de Cela de "La novela popular", al principio de la década de los sesenta.

Las causas de los tales nacimiento, florecimiento y tramonto, merecerían un estudio detenido y totalizador, en cuanto nos parece al menos aproximada la aseveración de Luis Granjel de haberse "impuesto en sectores sociales hasta entonces por completo desinteresados de la literatura, y ello no tanto por razones económicas como por motivos propiamente culturales". Aunque de las opiniones del mismo acerca de la cuestión, alguna parece muy discutible. Según él, en efecto, "la carencia de preocupaciones políticas evidentes entonces en amplios sectores de la sociedad española" (4), se contaría entre los factores favorecedores del auge. Pero no es posible olvidar que colecciones enteras, y no precisamente de las de menos difusión y duración, tuvieron un signo

---

española) (Madrid, 1975; Austral, 1592). También puede verse, del mismo, *La novela española en el siglo XX* (Madrid, 1957). Y dos antologías: *La novela corta española. Promoción de «El cuento semanal» (1901-1920)* (Madrid, 1952); y *Antología de la novela corta. 18 años de novela española: 1907-1925* (Andorra la Vella, 1972; 2 tomos). El primero en ocuparse de la cuestión había sido Andrés González Blanco (*Historia de la novela en España*, 1909); y Julio Casares la dedicó el artículo *Literatura barata*, a raíz de la aparición de la colección «La novela corta» (reimp. en *Crítica efímera. Indice de lecturas;* Austral, 1317; Madrid, 1962; pp. 202-6). Luis Urrutia ha anunciado sus propósitos de investigarla. Hasta ahora ha publicado *Les collections populaires de romans et nouvelles (1907-1936)*, en «L'infra-littérature en Espagne aux XIXe et XXe siècles» (Grenoble, 1977), pp. 137-63, con datos incompletos o expresados vagamente; una asimilación superficial e inexacta del género a la novela por entregas, la literatura de cordel y los libros de bolsillo; y una exagerada y simplista explicación del mismo por la influencia francesa pero sin que concretamente aluda casi a ninguno de sus paralelos en el país vecino. También conviene consultar para conocer el fenómeno las *Memorias* de Alberto Insúa, y las de Eduardo Zamacois *(Un hombre que se va)*. En fin, nosotros hemos publicado dos artículos periodísticos sobre el tema, *Aquel generoso diluvio...* y *El novelista de Alba de Tormes* (en «El Adelanto», de Salamanca; 18-3-1975 y 18-6-1978). Acaba de aparecer una antología: *La novela proletaria. I. (1922-1923)*, de la colección así titulada, a cargo de G. Santonja («Biblioteca silenciada», 3; Madrid, 1979).

(4) Art. cit., p. 3.

político integral, anarquista siempre o casi (5). Más claros están otros de los que señala, tales ese específicamente literario de la decadencia de la novela folletinesca, tan difundida por entregas en el siglo XIX, y los otros sociológicos del incremento demográfico urbano, sobre todo en Madrid, y el ingreso en la vida social de la mujer (6).

En cuanto al contenido de las muchas y varias colecciones de tan copioso acervo, bástenos con decir que fue *total*. Pues aunque parezca salirse por la tangente afirmarlo así lisa y llanamente, no caben matizaciones, ya que el fabuloso número de títulos que llegaron a aparecer, y no sólo la variedad dicha de las distintas series sino el criterio liberal de las más abundosas, determinaron hallaran en ellas cabida todos los novelistas de las generaciones por ellas abarcadas, con representación de cada una de las tendencias estilísticas y mentalidades ideológicas que se daban cita en el país.

Así lo ha visto también Granjel (7), a saber, la generación de 1886 sin excepción ninguna —llamada por eso precisamente "promoción de El cuento semanal"—, varios de los últimos ochocentistas o de la de 1856, bastantes de los noventayochistas o de la Regencia (como él prefiere llamar la suya, abonado en motivos que desde luego nos parecen profundos y serios), y en la última etapa algunos de la más joven hornada de los años veinte.

Y de la dicha amplitud de criterio, nos será suficiente el ejemplo de "El cuento semanal" mismo. Junto a los novelistas definidamente eróticos, Felipe Trigo, Joaquín Belda y Antonio de Hoyos y Vinent, se contaron en su nómina de colaboradores el sacerdote tan famoso en la época por predicador y apologista Luis Calpena y Avila y el fraile agustino Conrado Muiños y Saínz.

---

(5) Véase B. Magnien, «*La novela del pueblo*», en «L'infra-littérature» cit., pp. 248-294. Trata de esta colección, y de otras dos parecidas, «La novela social» y «La novela ideal», las tres ácratas, como se ha dicho, y publicadas durante el período de Primo de Rivera en Barcelona, entre 1923 y 1927 concretamente. Bastantes de sus colaboradores fueron militantes anarquistas, como Angel Pestaña.

(6) M. Martínez Arnaldos enfoca esta problemática desde el punto de vista del impacto de las nuevas posibilidades de difusión en la tarea del escritor; *El género novela corta en las revistas literarias. (Notas para una sociología de la novela corta) (1907-1936)*, en «Estudios literarios dedicados al profesor Mariano Baquero Goyanes»; Murcia, 1974; pp. 233-50).

(7) Art. cit., p. 2.

De manera que sólo la llamatividad más destacada del tal erotismo puede explicar la tremendamente inexacta alusión retrospectiva de una novela de Juan Antonio de Zunzunegui, *El premio* (8), donde, a propósito de uno de los personajes, el escritor fracasado Julián Caruncho, *Madriles*, "tontaina cuatralbo de una vanidad y de una egolatría sin orillas", de los fundadores de "Los amigos de la capa" y antiguo empleado de banca, se nos dice "que desconocía los idiomas extranjeros y sus únicas *lecturas serias*, aparte de las financieras, habían sido las de los novelistas pornográficos y chabacanos del "Cuento semanal", de Trigo a Pedro Mata, quien sazonaba sus salacidades de burdel con filiíes modernistas" (9).

Al contrario, se ha podido estudiar la trascendencia del fenómeno —que no vamos a decir el género— para el alumbramiento de obras maestras y extensas de las letras coetáneas. Así, luego diremos de *Señorita y sor*, de nuestro Gabriel Miró, y de su conexión con *El obispo leproso*, uno de los temas de este estudio. Y

---

(8) (Madrid, 1961). La cita al «segundo descanso», p. 190. Cf. cómo Sáinz de Robles *(Raros y olvidados*, p. 16), exalta esa pléyade en cuanto tendería a acercarse a las cualidades que él tiene por ideales del novelista nato, a saber «dominio para concebir un plan total y seguridad para exponerlo; sentido ortodoxo del realismo netamente hispano, y carencia de complejos por los cuales cada novelista nuevo se considera tanto en la oposición de lo tradicional como uncido al carro de lo imitativo extranjero, creyendo que en esta servil imitación se encuentra lo original y lo superiormente cualificado». Y llega a escribir (*La promoción* cit., pp. 29 y 9) cómo «ni en el siglo XIX, siglo de los titanes de la moderna novela española, ni en la actualidad, se dio cosecha tan ubérrima y sabrosa», y denuncia apasionadamente «la injusticia doblemente irritante» de que «la actual promoción de novelistas españoles, la promoción que pudiéramos llamar de 1939 y calificar *como del egotismo y del tremendismo*, desconoce, finge desconocer, quiere desconocer, la fortuna, la vigencia y la trascendencia de una de las más fecundas, varias, victoriosas y netamente españolas promociones de novelistas: la que yo califico de promoción del Cuento semanal». Por su parte Salvador González Anaya, en su novela *Nido de cigüeñas* («Obras completas»; Madrid, 1948; p. 523), alude a cómo unc de los personajes puede haber actuado «bajo el nocivo influjo de aquellos novelistas de cuelga que describen por treinta céntimos las vergonzosas bacanales de aquellos recintos de crápula».

(9) Naturalmente que también en este terreno se daban las colecciones especializadas. Así en lo erótico, «El cuento galante», de 1913, y «La novela pasional» (el único título que poseemos, *La virgen pintada de rojo*, de Ramón Gómez de la Serna, no indica el año). Y en lo pornográfico o casi, «La novela nocturna» (tampoco nos consta su cronología) y «La novela exquisita», de 1930.

Leda Schiavo, por su parte, ha escrito *Sobre la génesis de "El ruedo ibérico". Otra castiza de Samaria* (10).

Y acaso hayan sido el asombroso polifacetismo del fenómeno y la multiplicidad de las tendencias que se cobijaron en su seno, las barreras más poderosas que han amedrantado a los eruditos a la hora de enfrentarse con su estudio completo. Así Saínz de Robles (11) ha distinguido en ellas realismo, erotismo, costumbrismo, preciosismo, intelectualismo, fantasía, si bien él prefiera para clasificarlos un criterio externo, basado en el índice de la profesionalidad de sus autores, a saber el de novelistas natos, novelistas dramaturgos y novelistas periodistas, y ello porque esa misma variedad de corrientes se da también casi siempre dentro de cada uno; y ello luego de rechazar los curiosos apartados de uno de los mismos, a la vez crítico, Rafael Cansinos Assens, en *La nueva literatura* (1925), en intelectuales, preciosistas, arcaizantes, castellanistas, madrileñistas, orientalistas, eróticos y cantores de provincias; y los de Eugenio de Nora, en *La novela española contemporánea* (1958) en costumbristas, eróticos e intelectuales.

Y es lo cierto que la popularidad del género novelístico hubo de ser asombrosa, a juzgar por la aparición de colecciones especializadas incluso argumentalmente, tanto en cuanto al ámbito geográfico ("La novela coruñesa", "La novela manchega", "La novela valenciana", "La novela levantina", "La novela madrileña"), como al profesional ("La novela de la modistilla", "La novela del chófer"). Algo que uno necesita haber comprobado para creérselo. Como la circunstancia de que en el pueblo cordobés de Puente Genil se llegaran a publicar dos colecciones.

Y es significativo el detalle de que colecciones de piezas dra-

---

(10) En «Nueva revista de filología hispánica», 25, (1976), 303-31. *Otra castiza de Samaria* es uno de los números de «La novela de hoy». Cf. *Sobre el «Ruedo ibérico»*, pp. 241-327 del libro de E.S. Speratti-Piñero «De *Sonata de otoño* al esperpento (Aspectos del arte de Valle-Inclán)» (Londres, 1968).

(11) *Raros y olvidados*, cit., pp. 11-4. Precisamente el artículo de Julio Casares *Literatura barata* hacía hincapié admonitorio en los contrastes advertidos desde el punto de vista a que nos referíamos en nuestra nota 9 en una de las colecciones, «La novela corta», citando los contrapuestos ejemplos de *Caso clínico*, de Hoyos y Vinent, «absurdo relato, zurcido con residuos librescos, falto de arte y henchido de morbosa sensualidad, trasnochado género de literatura barrido ya de todas las naciones cultas», y *El poder de la ilusión*, de Linares Rivas, «pura emoción estética y germen de bondad».

máticas se bautizaran novelísticamente. Tales "La novela teatral" y "La novela cómica" (12).

En fin, notemos que las portadas en colores y las ilustraciones de algunas de las colecciones siguen siendo uno de sus títulos, ya nostálgicos, de seducción, y son acreedoras a un estudio en sí (13). Lo mismo que la publicidad (14) de las contraportadas, que en ciertos casos también cobijaban noticias (sobre todo literarias, teatrales y deportivas) y artículos.

Gabriel Miró, premio de "El cuento semanal".

Fundado, como dijimos, "El cuento semanal", en 1907, por Eduardo Zamacois, y todavía bajo su dirección, de la que sería violentamente arrojado por la propietaria Rita Segret tres años más tarde, dando lugar a que él diera competitivamente vida a "Los contemporáneos", en su número 40, publicado el día 4 de octubre de aquel mismo primer año (15), fue convocado un "concurso de cuentos" por la empresa "ganosa siempre de contribuir al desarrollo de nuestra literatura y de abrir a la juventud caminos de victoria". El premio, único, era de 500 pesetas, y "El cuento

(12) Si bien es preciso reconocer el fenómeno inverso, de la publicación de obras teatrales en colecciones de novelas cortas. Pero ello se debía casi siempre a motivos económicos editoriales. Así en «Los contemporáneos», a partir de 1918, en su última etapa, la de la dirección de Augusto Martínez Olmedilla, cuando para poder competir con «La novela corta» redujo también su formato y su precio.

(13) Notemos que al cesar Eduardo Zamacois en la dirección de «El cuento semanal», el dibujante Manuel Tovar pasó a ser el asesor del sucesor de aquél, el escritor y diplomático Francisco Agramonte. La evolución de las portadas de una colección podía deberse al cambio de gustos, a la competencia con otras o a motivos económicos sin más. Así «La novela corta» comenzó con retratos en negro de los autores, siguió con los mismos en color, les adosó después el dibujo de algún motivo argumental, y acabó sustituyéndoles por el tal dibujo a toda plana, en esos sus últimos números que son los más escasos y buscados. Y «Los contemporáneos», al reducir su precio y formato, casi suprimió sus ilustraciones; y sus portadas, a veces bastante simplificadas, estaban casi siempre firmadas por Varela de Seijas o Izquierdo Durán.

(14) Cf. *La publicidad terapéutica en la España de entreguerras* («Cuadernos de historia de la medicina española», XXVI; Salamanca, 1974); y R. Jordi González, *Propaganda y medicamentos. Antecedentes históricos de un fraude a la sociedad* (Barcelona, 1977).

(15) *¡Lo que son las cosas!*, de Carlos-Luis de Cuenca.

semanal" se reservaba el derecho de tratar con los concursantes no premiados la adquisición de otros diez títulos que fueran recomendados por el jurado; se exigía el seudónimo para la presentación; los originales podían ser entregados hasta el 31 de diciembre (16); y el fallo se haría público en el número del 17 de enero (17). El jurado estaba compuesto por Valle-Inclán, Baroja y Felipe Trigo, con el mismo Zamacois como secretario (18).

Y a última hora debió producirse algún pequeño retraso en tales previsiones, ya que en el número del 10 de enero (19), lo que se anunció para el siguiente (20) no fue el tal resultado del fallo, sino la relación de los títulos y seudónimos de los originales recibidos, la cual fue desde luego publicada puntualmente.

En el tal aviso anticipado se había dicho eran ésos 329, pero luego resultaron 331, desde *Un beso*, sin firma (21), hasta *Los endemoniados de la Balma*, de Tino.

Entre los seudónimos predominaban los netamente literarios, y entre ellos les había de la antiguedad clásica (Ovidio Nasón, Ar-

(16) Y retirados los no premiados hasta el 1 de febrero.

(17) En el número siguiente (*Frente al mar*, de José López Pinillos) volvieron a ser publicadas las bases en el número siguiente. Y en los dos sucesivos (*Las hijas de don Juan*, de Blanca de los Ríos; y *El destierro. Memorias*, de Julio Camba) siguió dándose, pero escuetamente, la noticia.

(18) Curiosa e integralmente representadas así las tres corrientes literarias de la época, a saber el noventa y ocho, el modernismo y el erotismo. A propósito de las reacciones antinoventayochistas de algunos de los escritores ajenos al grupo que se ha dado en adscribir a aquélla primera, son reveladoras las acres expresiones de Félix Urabayen en su libro de impresiones toledanas *Por los senderos del mundo creyente...* (Madrid, 1928). Los ruidos y el noventa y ocho aparecen allí como las dos grandes fobias del tal literato toledanizado del valle del Baztán, y sus delicias colocadas en cualquier libro con tal de no haber sido escrito por uno de los miembros de esa cuerda. En cuanto a Baroja, se le califica concretamente de folletinista. Epíteto que, despojado de la intencionalidad exclusivista de Urabayen, no resultaría ni tan inexacto ni meramente despectivo. Porque los elementos de intriga folletinesca en Galdós y Baroja han podido ser señalados con los textos en la mano. E incluso en Valle-Inclán. Véase A. Zamora Vicente, *Valle-Inclán, novelista por entregas* (Madrid, 1973).

(19) Era el 54: *Un fiel amador...*, de Linares Rivas.

(20) *Cómo delinquen los viejos*, de Antonio Zozaya.

(21) Caso que no fue único. Otro estaba, por su parte, incompleto, uno con ilustraciones, y también le hubo sin seudónimo. No se aclaraba si habían sido o no, a pesar de ello, excluidos de la competición. En todo caso tenían su número de orden.

temidoro, Plutarco, Suetonio, Estrabón, Columela, Arquíloco (22) e Ifigenia); medievales (Raimundo Lulio, Amadís de Gaula, Trotaconventos); del siglo de oro (Cide Hamete Benegeli, Avendaño (23), Maese Pedro, Cardenio, Lope, Tirso de Molina, El diablo cojuelo); españoles decimonónicos (Campoamor (24), Gabriel Araceli, Augusto Miquis, Sotileza); y europeos (Julio Amadeo Barbey d'Aurevilly, Edmundo Dantés (25), Bergerac, Andrés Chénier, Sherlock, Thomas de Quincey (26) y Pulgarcito). Algunos se repitieron. Concretamente El escudero Marcos de Obregón y Marcos de Obregón (27), Tartarín y Tartarín de Tarascón (28), y Paradox dos veces y Silvestre Paradox otra (29).

Otros eran de personajes históricos, a veces con algún ingrediente fantasioso, tales el Conde de Bolívar, Alvaro de Luna, Abelardo, El Gran Capitán y Diego de Valdivia. No faltaban los alusivos a la procedencia geográfica (El rapaz de Naranco, y Porteño); o a la actualidad (Un repatriado, Uno del día, Locomotora); y eran bastantes los típicamente simbólicos (Fray Nirvana, Eros, El carro de Tespis), y algunos fantásticos del todo (El húngaro con flauta de oro).

Muy abundantes también eran los emblemáticos; castellanos (Tienen ojos y no ven, Honores no quitan penas), latinos clásicos (Usque tandem, Melior est sapientia quam vires, Jucunda oblivio vitae) y aun litúrgicos (Sic transit gloria mundi y A solis ortu), y uno alemán aunque no correcto (Vergissmeinnicht). Y bastantes aludían irónicamente al concurso en sí. Tales A vosotros encomiendo mi espíritu; Un loco me dijo: Ten fé y espera; Se compran

---

(22) Otro se firmaba Fray Melitón Arquíloco. El título del primero era *Amor y dinamita;* y el del segundo *La tragedia gris.*

(23) El título era el de *Almas viejas.* No mucho después, en Sepúlveda, dos escritores locales firmaban de común acuerdo Carriazo y Avendaño.

(24) El título, *Soledad en compañía.*

(25) El título, muy acorde, *¡Venganza...!*

(26) El título, *La Suma teológica.*

(27) Los títulos, *La petenera,* y *Miserables.*

(28) Los títulos, *La miel en los labios,* y *María Tiscar.*

(29) Los títulos, *Por qué soy un bohemio, De otra raza,* y *Vida y muerte de un pícaro.* El primero, de Luis Antón del Olmet, fue publicado en «El cuento semanal», el 23 de julio de 1909, aunque no figuraba en los seleccionados por el jurado de que luego diremos.

y venden moldes nuevos de hacer novelas, dirigirse a...; y El negro del sermón.

Menos fáciles de agrupar y más vulgares, preciso es reconocerlo, nos resultan los títulos, menos significativos por ello también. Buen número habrían continuado siendo adecuados para las ya tramontadas novelas por entregas, como *La tragedia de un alma, Remordimiento, Fruto del bien, El manuscrito de un loco, Fray Juan del arrepentimiento, Dolor y amor, Gloria y amor,* y *¡¡¡Muerta de amor!!!*. Alguno recordaba la temática religiosa, de tan inmediata tradición en el género *(El hereje)*. Otros copiaban, con o sin algún disimulo, novelas ya consagradas del país vecino *(Confesión de un confesor, La bestia humana, El hombre de treinta años)*. Les había adscritos a algunos de los miembros de las clasificaciones argumentales de que antes hemos tratado. Tales la madrileñista *(La verbena de San Antonio)*, y la orientalista *(Hidalguía morisca, La reina de Armenia; y Saruhl-Hiram la soñadora*, bajo el seudónimo de Mohamed-Ben Xarif el Chorrut (30)), además de la histórica, con un título muy todavía de temática galdosiana, *Un episodio de la campaña del Maestrazgo* (31). Apuntamos otro de cierta originalidad, *Donde un alma bohemia tomó por funda a un maestro de escuela*. Y es curioso que uno se repitió. *Redención*, a secas (32).

En fin, en el número de la semana siguiente (33), se anunció ya, con una sola de retraso en consecuencia, el resultado del fallo. Y el jurado recomendó diez y seis títulos para su publicación en la colección, y no los diez previstos en las bases nada más. Algunos eran de novelistas ya consagrados o que luego lo fueron, e incluso colaboradores de la casa. Tales José María Matheu, que había concursado con *Un bonito negocio* (34); Ramón María Tenreiro, con *Embrujamiento* (35); Federico García Sanchiz, con *Historia romántica* (36); Mauricio López-Roberts, con *En la cuarta*

(30) Otro seudónimo era «Un pequeño admirador del Oriente». Y *Al Hamar* un título.

(31) El seudónimo, Pedro del Rincón.

(32) Los números 317 y 319; seudónimos, Ivette y Un principiante. Otro seudónimo era «El Siboney».

(33) *La «muestra»*, de Eduardo Marquina.

(34) Publicado el 27 de marzo; seudónimo, *Papamoscas*.

(35) Publicado el 26 de junio; seudónimo, *Cardenio*.

(36) Publicado el 12 de junio; seudónimo, *Borreguerus*.

plana (37); y Andrés González-Blanco, con *Un amor de provincia* (38). Los demás eran Leonardo Sherif, con *Los cuernos de la luna* (39); Juan Téllez y López, con *Mater admirabilis* (40); Juan José Lorente, de Zaragoza, con *Fueros de la carne* (41); Pedro Gónzales Magro, con *Hidalguía morisca* (42); Guillermo Hernández Mir, de Sevilla, con *Pedazos de vida* (43); Bernardo Herrero Ochoa, con *La esfinge de hielo* (44); Alfonso García del Busto, con *Sueño de hogar* (45); Salvador Martínez Cuenca, con *Semana de pasión* (46); y Angela Barco, de Valladolid, con *Fémina* (47). Todos ellos vieron publicados sus cuentos en la colección. Quedando todavía otros dos que no estuvieron en ese caso, Miguel A. Ródenas, que se había presentado con *Humo de hogar*, publicado en cambio en "Los contemporáneos" (48), al poco de su aparición rival de que antes dijimos, con el número 10, el día 5 de marzo de 1909 y Jaime Ordóñez Lecaroz, autor de *En la pendiente*.

* * * * *

Más ya es hora de que nos ocupemos del cuento premiado.

El cual llevaba el número de orden 254, y había sido presentado bajo el seudónimo de *El bachiller Sansón Carrasco*. Su título era *Nómada*.

Y aquel resultó corresponder a la identidad de nuestro Gabriel Miró.

El argumento de *Nómada* es la tragedia de "un hidalgo desventurado" de Jijona —basada en una biografía real, la de un ex-

(37) Publicado el 21 de agosto; seudónimo, *Mamerto*.

(38) Publicado el 27 de noviembre; seudónimo, *Enrique de Ofterdingen*.

(39) Publicado el 3 de abril.

(40) Publicado el 15 de enero de 1909.

(41) Publicado el 19 de febrero.

(42) Publicado el 14 de mayo.

(43) Publicado el 18 de junio.

(44) Publicado el 6 de agosto.

(45) Publicado el 3 de septiembre.

(46) Publicado el 19 de noviembre.

(47) Publicado el 8 de abril de 1910.

(48) Todavía con el título inicial de «*Los contemporáneos*» y «*Los maestros*».

alcalde de esa villa, de quien Miró tuvo noticia por el comentario despiadado de un periódico local—, don Diego, el cual en sus buenos tiempos, los de la amorosa compañía de su mujer y de su hija "recogía en su luz todo el pulso de su pueblo y de sus campos", pero que después llegó a ver a sus dos seres queridos muertos y su hacienda quebrada, emigró vagabundeando por tierras lejanas, y retornado de mendigo a los lares nativos, a la búsqueda de "un alma para su alma", pero no "en los hombres, ya que éstos le apestaban a ciénagas de codicia y egoísmo", sino "en la desnuda naturaleza de los campos, de las montañas o de los mares", viéndose a sí mismo "trozo de roca", hubo de pasar por la humillación simbólicamente definitiva de que, a título de caridad, en una peluquería de Alicante, le raparan "su barba abundosa, crespa y cándida como una ola rompiendo en peñascal, y su cabellera, hirsuta y blanca como una encina nevada".

Había sido su íntimo amigo, el erudito local Francisco Figueras Pacheco, quien más estimuló a Miró a presentar su cuento al concurso. Y cuando el premio le llegó, el escritor, casado y ya con hijas, recién fracasado por segunda vez en sus oposiciones a judicatura, inquieto por ello en cuanto a los cimientos de su porvenir, a los veintiocho años, veía agonizar a su padre, el ingeniero de caminos alcoyano don Juan Miró y Moltó, penosamente enfermo desde hacía tiempo. Y al llegarle la noticia, el paciente, según recordaría luego el hijo, "lloró lágrimas de felicidad. ¡Benditos sean aquellos hombres que, al premiarme, mitigaban los padecimientos de una vida santísima!".

La crítica de Madrid acogió bien el triunfo del recoleto escritor levantino. Así, Cristóbal de Castro, en *El Heraldo* del 5 de agosto, se referiría a "sus grandes ternuras por nuestra madre Naturaleza". Y socialmente se le agasajó también sin regateos: comida en Alicante, en casa del decano del Colegio de Abogados don José García Soler; y en Madrid, en el Hotel Inglés, el banquete organizado por "El cuento semanal" mismo, otro a cargo de la Pardo Bazán, y una velada en la Asociación de la Prensa (49).

Y del discurso del escritor en el Hotel Inglés, nos interesa destacar una su doble reiteración, la de su fidelidad a la tierra nativa como cantera inspiradora, y la del fondo humanista de su ideal estético:

---

(49) Tomamos algunos detalles de Vicente Ramos, *Vida y obra de Gabriel Miró* (Madrid, 1955), pp. 115-25.

> Quiero decir que no se busque y exprima sólo la belleza y lo exquisito en las páginas, sino que se viva continuamente y sean unas las raíces del hombre y del artista, las que chupen los jugos que alimenten el alma.
>
> Yo me vuelvo a mi rincón provinciano.

El 6 de marzo moría al fin su padre. El mismo día de la publicación de *Nómada* en "El cuento semanal" con el número 62 de la colección. En las sucesivas ediciones, dedicadas postumamente a aquél, se haría constar expresamente la luctuosa circunstancia de ello motivada. Y Miró escribiría luego, dentro del relato de la agonía del autor de sus días:

> En su agonía serena, dulce, luminosa, de elegido, y de sabio sencillo, acongojose por mí, porque me enlutaba mis primeros pasos artísticos. Su mano se fue enfriando sobre mi frente. Mi hermano y mi madre le pusieron en el costado del corazón el primer ejemplar que tuvimos de *Nómada*. Así quedó hecha desde entonces la pobre ofrenda, ungida de dolor de orfandad. Pongo esta novela a la sombra de los primeros árboles de mi *Huerto provinciano*, porque en alguna de sus hojas pasa también la emoción del padre muerto.

Al ser publicado en esa la dicha primera edición, llevaba el cuento el subtítulo, entre paréntesis, *De la falta de amor*; y tenía un lema bíblico, el versículo 25 del salmo 108, *et ego factus sum opprobrium illis; viderunt me et moverunt capita sua*.

Las ilustraciones eran de Lozano Sidro; además de la portada siete en blanco y negro y seis en color. Y por cierto que el retrato del protagonista de cuerpo entero, en que tal portada consiste, sin barba, con gabán y pechera, el sombrero en la mano y acaso demasiado joven, aún sin carecer de cierto aire bohemio no deja de resultar demasiado burgués, poco representativo, nos parece, del trágico destino de don Diego, a pesar de lo innegable de su expresión triste.

Luego y aún antes del texto, vemos a la vieja doña Elvira, la hermana del personaje, al cual tiene por "su cruz", devanando una madeja de lana para un donativo que ha prometido al señor rector, en los brazos del ama Virtudes, la criada mediada en años. Y a continuación, don Diego en sus buenos tiempos, inclinado embebidamente sobre su mujer en traje de novia; un grupo de escenas de sus peregrinaciones (la calle solitaria de un pueblo, con

las ropas tendidas en filas paralelas uniendo sus dos lados; una diligencia; un faro; una conversación del nómada con el torrero, otro viejo también canoso y barbudo, ante sendas jarras de vino; la hija del torrero mirando al mar con ansiedad desesperada desde una barandilla; el vagabundo solitario en un desfiladero sobre el cual sólo planean dos aves, y tumbado a la vera de un bosquecillo); uno de los tipos humanos topados en sus caminares, el padre de un amanuense entre los cuales hay un odio mutuo; y cuatro escenas de su postrera mendicidad en el Levante de su cuna y su sepultura.

La publicidad en el número es copiosa, abundantes los anuncios y en consecuencia casi todos de dimensiones muy reducidas, y poquísimos y muy parsimoniosamente los ilustrados. Una excepción es la confitería de Carlos Prats y hermanos, de la calle del Arenal, especializada en "cajas para bodas y cruzamientos", fundada en 1853, cuyo reclamo exhibe en color el "modelo exclusivo" de una de bombones, con ambiciones heráldicas en su lazada roja lacrada y la noticia de haberse cruzado caballero don Juan Pérez de Zúñiga el 28 de diciembre de 1658, llegando a todo un valor de época la tal contraportada comercial, como que nos llega a traer a las mientes la frase de Salvador de Madariaga referida al 1931 o 32, "tiempos aquellos en los que todavía podía uno a veces alzar la cabeza y sonreír" (50).

En el resto, predominan los de los comercios situados en las inmediaciones de la Puerta del Sol. Cinco joyerías: dos en la calle de la Montera, una de las cuales, *La Habanera*, "vende las cadenas de oro de ley más baratas"; otra en la de Carretas, recomendadora de sus aderezos, como su competidora de la Carrera de San Jerónimo "el último *chic* en pulseras de pedida y botonaduras de brillantes"; y una reformadora de alhajas en la calle del Príncipe. El agua de colonia concentrada Alvarez Gómez "predilecta en los tocadores de buen gusto por sus condiciones higiénicas y su perfume fino, elegante y penetrante", en la calle de Peligros; paraguas, abanicos, bastones y sombreros en la de Carretas; también los últimos modelos en calzado de lujo de Londres y París en la de Caballero de Gracia; una fábrica de corbatas en la de Capellanes; café superior en grano (Puerto Rico, Caracolillo y Moka) en la de Preciados; y una compraventa de muebles en la de la Paz. Otros tres anuncios lo son de sendas marcas: el champagne

(50) *Bosquejo de Europa* (Méjico, 1951), p. 196.

Binet, de Reims; unas mermeladas que nos parecen riojanas; y el que se asegura "vino de moda, el finísimo O'Neale, de venta en todos los cafés y restaurantes" (51).

Y ni que decir tiene que se nos ofrece una nutrida serie de esos anuncios farmacéuticos que tan luminosamente ha estudiado el doctor Granjel. Para el rápido aumento del apetito y las fuerzas físicas, a las mujeres y niños de constitución física débil, se les aconseja el Somatose, "en polvo o en su nueva forma líquida (dulce o seca)"; de la Hemicranina del doctor Caldeiro se asegura hace desaparecer en cinco minutos exactamente el dolor de cabeza, las neuralgias y las jaquecas; el bálsamo de Orive, sería el único antirreumático que nunca fracasó a la primera fricción; la eficacia de la Vesicalina "asombra en las enfermedades de la vejiga", la Vesicalina "de venta en las buenas farmacias"; las pastillas antiepilépticas de Ochoa, curan radicalmente la epilepsia y los accidentes nerviosos, aun en los supuestos de fracaso de la medicación polibromurada, y ello sin quitar el apetito ni deprimir, cortando rápidamente los accesos; los hepáticos cuentan con las aguas de Cestona; y el licor del polo de Orive, durante treinta y siete años ha hecho axiomático en Europa ser el más agradable, higiénico y barato, lo que no puede pretender ninguno de los nuevos.

Literariamente, además de publicarse la relación de los números anteriores de la colección y anunciarse el siguiente (52), lo hacen dos libros de poesía, *Aleteos*, de Pedro A. Morgado, e *Hipos*, de Gil Arrebato, y una novela, *Chita*, de Ramón Ruilópez, impresos respectivamente en Granada, Las Palmas y La Habana.

En fin, una casa de modas bautizada con el pretencioso y seductor rótulo de *La Hurí*, se permite el lujo de ilustrar su nuevo modelo de corsés de novia (53).

* * * * *

(51) Un espléndido libro pintiparadamente ilustrador del valor de la publicidad como fuente de la historia profunda es el de Edgar R. Jones, *Those were the good old days. A happy look at American Advertising, 1880-1930* (Nueva York, 1959).

(52) *El barbero del Usía*, de Ramón A. Urbano.

(53) Calle del Conde Xiquena (antes Salesas), esquina a Prim.

Casi medio siglo después (54), cuando ya la era de la novela corta había pasado, el año 1953, primero de una nueva colección que repitió el título de "La novela del sábado" (55), su número 12 (56) volvía a publicar *Nómada*.

En un formato mucho más reducido y sin más ilustraciones que el dibujo de una tartana en la portada y en la contraportada una fotografía del escritor. Todo un síntoma de una innegable decadencia (57).

Los anuncios, representativos desde luego también del cambio de los tiempos, estaban yuxtapuestos, en un papel de calidad y tono diferentes, más ocres y finos: agencias de viajes (entre ellas la veterana Cook ofreciendo uno al festival de Bayreuth); uno de los grandes bancos del país; una "cartonera industrial"; una "editorial de obras científicas y técnicas"; la propia empresa de la publicidad; y la revista *Semana*. Su literatura es mucho menos espontánea. Menos "literaria" si se nos permite expresarnos así. Ya muy de siglas. Lo que se nota todavía más en los tres terapéuticos que contiene: una "gran crema dental alemana" que promete la rifa de una moto entre sus clientes; unos laboratorios a secas; y el latiguillo también un tanto heraldo de cierto telón de fondo radiofónico y a la postre televisivo de que "donde hay hombres... hay aspirina". Por su parte, el Instituto de Cultura Hispánica convocaba un concurso de novela corta a remitir a la colección.

La *belle époque* se había indiscutiblemente marchado para no volver.

* * * * *

(54) Resulta difícil de creer, pero hemos debido reconstruir la cronología. En el número no consta ni siquiera el año. Gabriel Miró fechó *Nómada* en diciembre de 1907.

(55) No debe confundirse con la colección homónina que apareció en 1939 y 1940, con distinto formato en cada uno de estos dos años. No predominaban en ésta las novelas inéditas.

(56) No conocemos la fecha exacta. Véase la nota 54.

(57) En cambio no se daba ésta, aparentemente, en el precio. La primera edición de *Nómada* valía 30 céntimos. Esta otra tan inferior 6 pesetas. Por cierto que en la segunda edición (Barcelona; Doménech, 1912) iba acompañada de *Huerto provinciano*, de acuerdo con su asociación sentimental en el recuerdo filial del escritor.

Gabriel Miró en "Los contemporáneos"

Parece ser que Eduardo Zamacois, a la misma hora de fundar "Los contemporáneos" en abierta competición con "El cuento semanal" de su antigua gerencia, se había preocupado de la de nuestro escritor alicantino entre las firmas de su interés para la colección nueva.

Porque ya en el número cinco de la misma, se publicaba otro cuento de Miró, *La palma rota (¡Tarde!)*, el día 29 de enero de 1909.

La palma rota es la encarnación de un fracaso vital, a la postre determinado por la imposibilidad del amor a una hora ya crepuscular que viene a coronar negativamente toda una frustración psíquica. Su protagonista es el novelista solitario Aurelio Guzmán (58); se desarrolla en el pueblo levantino —y campo adentro— de Aduero; y su amigo, el músico Gráez, alma gemela, desempeña en el desarrollo de todo ese proceso un papel clave. Vicente Ramos ha notado con acierto "su claro acento romántico y su aire muy modernista" (59). "Hay una vida muy honda —leemos allí—, que no se sabe si es trágica o dichosa, de demonio y de Dios, secreto de vida, olvidada, desconocida porque vivimos la externa y ruidosa". Y Gráez, por su parte, confiesa abundando en su entendimiento: "—Yo, casi recién venido a Aduero, conozco, comprendo mejor que ustedes a ese artista solitario. ¿No sabéis que las águilas son amigas de la soledad?". Y el título de la novela corta proviene de una palma del paisaje donde el argumento se enmarca, la cual, quebrada en una tormenta, viene a ser un símbolo de todo ése: "Alejado de arboleda, en un yermo herreñal, se levantaba un torreón decrépito y rojizo al sol poniente. Una palma muy fina subía gentilmente, y se doblaba en lo alto como un brazo, protegiendo con la gracia de sus ramas la rota corona del almenaje".

Y de lo que no cabe duda es de que *La palma rota*, y desde luego sin discontinuidad con la trayectoria de *Nómada*, aparte de

---

(58) Vicente Ramos *(Vida y obra* cit., p. 137) dice recordarle al Aurelio Giménez, que había aparecido ya en 1902, en *Del natural*. Y por supuesto que los dos al mismo Miró. Del mismo Ramos véase, *El mundo de Gabriel Miró* (Madrid, 1964), pp. 28-32.

(59) Cf. M. Baquero, *La prosa neomodernista de Gabriel Miró*, en «Prosistas españoles contemporáneos» (Madrid, 1956), p. 208.

su magistralidad, nos sumerge ya de lleno y hondo en cuanto de singularmente fascinante tiene el universo mironiano de después y de siempre. Así ese doble aspecto de la humanización de la naturaleza y de la que podríamos llamar la "naturalización", a la inversa pero complementariamente, del hombre, tan finamente detectado por Baquero Goyanes (60):

> Creía sentir Aurelio en todo su cuerpo un beso caliente y paternal de sol, que le contentaba su vida, imaginándola como otro cuerpo alumbrado, gozoso y tierno.
>
> En un altozano humilde, tres pinos olvidados eran como tres monjes recogidos en oración o tres peregrinos muy viejos, muy tristes, inclinados por cansancio y pesadumbre de recuerdos.

Lo mismo que su preferencia por el mundo de los aromas y, ya en un plano más concreto, esa su sensorialidad religiosa de huellas neomodernistas, tema en el cual sin embargo habría que bucear profundamente para no incurrir en estimaciones superficiales, y que también nos ha señalado el penetrante profesor murciano (61):

> Estallaban arpegios de risas y voces femeninas que prometían la delicia de cuerpos fragantes como jardines, de blancura de magnolias y luna.
>
> Frente dulce, triste y señoril, que recordó a Luisa la de algunas estatuas contempladas en Florencia. Aurelio la contempló, acercándose más, aspirando intensamente la fragancia de jazmines, de pureza, de tálamo del Cantar de los Cantares.

Y por supuesto que el esteticismo no se desmiente en ninguna de las páginas de la novelita. Algo por otra parte tan esencial a Miró que no valdría la pena de insistir en ello de no ser por la necesidad de precaverse en esta hora a ellas tan propicia contra cualesquiera y las más extravagantes extrapolaciones. Esteticismo que, en *La palma rota*, cabalga a sus anchas al describirnos la música que Gráez interpreta, casi siempre la de Grieg, por contraste violento que sin embargo en cuanto paradoja no pasaría de

---

(60) *La prosa* cit., pp. 238-42.

(61) *La prosa* cit., pp. 199-213.

aparente, entre el encanto septentrional de aquél y la obsesivamente meridional entraña mironiana (62); "descendió al silencio del huerto música de melancolía de leyenda, de contento aldeano, de sirenas verdes; rústica música abrazada con música princesa, olorosa de hierbas de montañas, de granja y de jardín ducal; melodía de crepúsculo de tarde y de mañana azul, divina lírica de Grieg". Y "Gráez la miró lentamente, y vióla distinta de aquella que fue a su lado y lloró con él estremecida por la doliente brisa, recogida en su piano de las verdes montañas noruegas".

Y, gracias a la metáfora o sin el recurso a ella, esa evasión alada que palpita nos atreveríamos a decir que a cada página de nuestro escritor. En *Nómada*, un trasatlántico era visto como "isla alada, palacio legendario". En *La palma rota* un tren tiene todo su significado: "Gráez se detuvo y volvió otra vez su mirada hacia el confín de la llanura. Un rizo de humo muy blanco se deshacía en el azul... Y desapareció el correo".

Las ilustraciones son de Pedrero. En la portada, la palma, ya quebrada sobre la almena de su descripción. Comparadas con otros números de la colección, son más bien escasas, seis nada más. En blanco y negro volvemos a ver la palma, pero todavía erguida. Las otras tienen por tema al músico Graez junto a un visitante madrileño, un pianista nada más que virtuoso; a Gráez y a Guzmán en el jardín; a Luisa, la frustrada amada del novelista, al piano; a Guzmán escribiendo y a Luisa colocando flores en un búcaro; y a Guzmán bajo una tempestad, la que quiebra la palma simbólica.

El mundo de los anuncios del número es muy similar al de la edición de *Nómada* en la colección precedente y rival, y casi idéntica por el formato y demás caracteres externos. Bastantes coinciden. Tales las joyerías de Montera, Carretas y San Jerónimo; la fábrica de "corbatas, camisas, guantes y géneros de punto" de Capellanes; la colonia concentrada de Peligros; las mermeladas riojanas; y el champagne Binet "que bebe toda la gente aristocrática". Como la confitería Prast de la ostentosa contraportada,

---

(62) A propósito de la música compuesta por el mismo Gráez, volvemos un poco a la sensorialidad religiosa que Baquero ha llamado nemodernista: «La misma música de Gráez, una sublime creación de los Salmos a un Dios que infunde constantemente la vida, a un Dios que sólo puede presentirse en el Arte, en el Amor, en raptos inefables». En cuanto a la nota escandinava, recordemos la *Salutación al rey Oscar*, de Rubén Darío.

ahora especializada también en bautizos por cierto, que no sólo en bodas y cruzamientos.

La publicidad médica es más copiosa. Se repiten el Somatose, recomendado también para "adultos convalecientes" y no únicamente para mujeres y niños; la Hemicranina; y el agua de Cestona. Y nos encontramos también con los inevitables Hipofosfitos Salud, los de más larga vida de ese reclamo como ha estudiado el doctor Granjel, que "combaten el escrofulismo y linfatismo de los niños"; las píldoras Ourania para la impotencia de ambos sexos a toda edad, nuevo descubrimiento y envío discreto, con "curación garantizada por un solo frasco"; y las pilulas orientales del doctor Ratié, para el desarrollo de los senos "reconstituidos, hermoseados, fortificados".

Literariamente, se anuncian el segundo volumen de la que se califica de "nuestra colección" *Fígaro*, una novela de Teófilo Gautier, *Jettatura* (63), recomendada por cierto en una prosa muy retórica; otra de Rafael López de Haro, *Batalla de odios*; y una función teatral a beneficio de la viuda y el hijo de Félix Limendoux. Y el distribuidor de la colección en Buenos Aires, don Camilo Vilaró, en su Librería de la Concepción (64).

* * * * *

No había todavía mediado el mismo año de 1909, cuando Gabriel Miró volvía a publicar otra novela corta en "Los contemporáneos" (65).

Se trata de *El hijo santo*, que apareció al número 24 de la colección, el día 11 de junio de aquél.

---

(63) El primero había sido *La cortina carmesí*, de Barbey d'Aurevilly. Notemos que el precio de cada tomo era de 50 céntimos, y el de cada número de «Los contemporáneos», como el del «Cuento semanal» de la competencia, 30.

(64) Apuntamos que los cuatro números anteriores a *La palma rota* en la colección, o sean los primeros de la misma, fueron «*1 "Lobo"*», de Joaquín Dicenta; *Querer y no querer*, de Linares Rivas; *Rosas místicas*, de Francisco Acebal; y *Amor prohibido*, de Alberto Insúa. Seguiría uno de Felipe Trigo, *El cínico*.

(65) Tenemos la impresión de haber pasado bastante desapercibida por la crítica. Así Baquero no para la atención en ella a propósito del ya calentado tema del modernismo religioso mironiano en la esfera de la sensibilidad. Para más detalles del argumento, Ramos, *Vida y obra* cit., pp. 139-41.

Es el drama de la castidad forzada y la vocación desfalleciente del sacerdote protagonista, don Ignacio Baldeño, primero en Castroviejo, un pueblo de la costa levantina donde ejerce su incipiente ministerio, cerca del mar, y luego en Los Ibáñez, junto al Júcar, lugar al que se fue a vivir como rico hacendado de su campo (66).

Como que las tensiones del personaje nos permiten captar una nota que, si bien está acorde desde luego con el resto del mundo mironiano, no resulta expresada por él con frecuencia, y consiste nada menos que en la imposibilidad de gozar serenamente de la sensualidad de la naturaleza, en cuanto ésta despierta una ansiedad erótica incompatible con el mismo ideal sedante a que invita. Y de esta manera

> don Ignacio entra en su aposento. Por el abierto balcón pasa la frescura aromosa y la gloria del azul de Mayo. Estrépito de alas se pierde por las inmensidades. ¡Qué ansias deliciosas siente el presbítero! Ansias que luego se deshacen dolorosamente en su misma concepción, sin haber tenido vida en la Vida.

Hasta el extremo de arrancarle una queja que llega a la neurosis:

> ¿Por qué la canción del agua, la delicia y frescura de los verdes olmos, la vaporosa lejanía de los campos estivales, le había de presentar ansiedades que no se quedan y reducen en el goce preciso y beatífico del agua, de los árboles y sembrados para amarlo todo en ellos como San Francisco?

La permanencia de los matices que hemos notado en *La palma rota* es un síntoma más de la singularísima personalidad diferenciada vital y literariamente de nuestro escritor. Así, el sentido oloroso como clave expresiva misma:

> Fragancia de naranjos floridos y olor de tierra y plantas mojadas, llegan hasta el corazón del presbítero, que le parece recibir en lo más íntimo de su vida la gracia de una lluvia de amor.

---

(66) La siguiente novela corta de Miró publicada en la colección, *Amores de Antón Hernando*, también se desarrolla en Levante y en La Mancha. Poco más de un año, a los trece de edad, el escritor había vivido en Ciudad Real, donde su padre fue destinado profesionalmente. Véase Ramos, *Vida y obra* cit., pp. 43-8.

Y la exaltación de la música:

...El mismo prelado que es el oficiante, no ha podido contener su asombro, y mira hacia el coro. Y los infinitos devotos, que antes descuidaron la preciosa palabra de un fraile de blancas vestiduras, que parecía en el púlpito un peñasco nevado, para mirar afincadamente una fragante y enlutada dama forastera, la olvidan, ahora, para atender ese milagro de voz que ya se difunde y deshace como un copo de incienso, ya vibra atronadora y suprema como si la cúpula se hubiera rasgado y descendiera el magno acento de Jehová.

Y la metáfora del viaje siempre soñado:

Luego, por la senda de los bancales paniegos, cruzan los desposados dichosos y gentiles. Contemplan el mar. Un barco de vela alto, blanco, rubio de sol, aparece entre las delgadas nieblas del horizonte, como un ángel.

Las ilustraciones son también de Pedrero.

En la portada, sobre un altozano poblado de olivos, vemos a un cura, naturalmente ensotanado, con las piernas ceñidas y trabadas por el brazo de una mujer desnuda que, tumbada, contempla una flor que sostiene con la otra mano libre.

En las demás se representa la partida de tresillo de los eclesiásticos en el Círculo; a don Ignacio envuelto en su manteo y con paraguas, bajo la lluvia y en medio del campo; a la escolanía; unos pájaros sobre unas ramas; al nuevo matrimonio de doña María, la elegante dama que había conmovido peligrosamente al clérigo, y su desposado joven, paseando a la vera del mar; a don Ignacio y don César, el tresillista burgalés, rico e invernante en Castroviejo; a doña María en los campos; a don Ignacio desmayado al pie del altar; y unos cerdos, símbolo de la gula del protagonista.

Bastantes de los anuncios se repiten. Es curioso que médicos sólo hay uno, el de las aguas de Cestona. Nuevos, el de un gran almacén de papel en la Plaza del Angel, "para imprenta, litografía, etc"; y el de la contraportada, más proa al porvenir que el de la correspondiente de *La palma rota*, esta vez el de la máquina de escribir Hammond, dotada de "escritura completamente a la vista, cinta de dos colores, cambio instantáneo de carácter de letra e idioma; las únicas con letra de retroceso, las únicas que no pueden desalinear y las únicas de impresión automática".

En cuanto a novedades literarias, hacen uso del reclamo *España en América*, de Rafael Altamira; *Un cobarde* (miscelánea), de Dorio de Gadex; De la morería (narraciones), de Pedro y Maximiliano Raida; y la crítica teatral del mismo Zamacois, *Desde mi butaca*.

* * * * *

Y aún no había terminado el año, el 26 de noviembre, cuando el número 48 de la colección era también del escritor alicantino, los *Amores de Antón Hernando*, las dos primeras partes de la que luego sería novela ampliada, *Niño y grande*, publicada en 1922 (67).

El tema esta vez es la alternativa, coincidente desde luego, entre la espiritualidad y la animalidad del amor. Se desarrolla en un colegio religioso, que por supuesto es el de los jesuitas de Orihuela donde Miró estudió; en una ciudad levantina y en un pueblo de la Mancha. Su fondo autobiográfico es muy transparente. La familia Bellver, mallorquines que tienen también un hijo en el Colegio en cuestión, y una de las hermanas del cual fue el primer amor platónico del novelista, aparece apenas sin disfraz (68). Co-

(67) Luego nos referiremos al caso parejo de *Señorita y Sor*. Pero conste que la amplificación en novelas largas de las cortas publicadas por vez primera en estas colecciones no era rara. De Zamacois recordamos haber sido ese el supuesto, tal vez con la mejor de las suyas, *Memorias de un vagón de ferrocarril*. Valle-Inclán, por su parte, de *El ruedo ibérico*, nos había sido anticipada y fragmentariamente, *Cartel de ferias. Cromos isabelinos* («La novela semanal»; lo de enero de 1925); *Ecos de Asmodeo* (segundo capítulo de *La corte de los milagros;* «La novela mundial», 23 de diciembre de 1926); *Estampas isabelinas. La rosa de oro* (primer capítulo, aunque posterior; ibid., 28 de julio de 1927); *Fin de un revolucionario. Aleluyas de la Gloriosa* (la primera parte pasó al libro II de *Viva mi dueño;* «Los novelistas», 15 de marzo de 1928); *Teatrillo de enredo* (esbozo del capítulo VII; ibid., 28 de junio del mismo año); y *Las reales antecámaras (capítulo IV; «La novela de hoy, 12 de octubre de 1928). Y Zacarías el cruzado o agüero nigromante* («La novela mundial; 3 de septiembre de 1926»), pasó a la parte IV de *Tirano Banderas*. Véanse, R. Lima, *An annotated Bibliography of Ramón del Valle-Inclán* (University Park, University of Pensylvania; 1972); y J.A. Hormigón, *Valle-Inclán. Cronología y documentación* (Madrid, 1978).

(68) Para el episodio, véase Ramos, *Vida y obra* cit., pp. 39-40. Notemos, del principio del relato, esta supuesta definición de un concepto que desde luego es el inspirador en este caso, y ello no es frecuente en Miró ni mucho menos, de su tono narrativo del momento: «Ironía debe de ser como una goma aromosa, como un perfume que se quema en la brasa del corazón, y que regala a la nariz ajena, mientras nosotros no podemos percibir la fragancia, porque nos estamos quejando de la escondida llaga!».

mo que la isla de donde vienen alcanza categoría mítica y encarna esa constante ensoñada viajera que ya le conocemos como *leitmotiv*:

> Y es que mis pobres ojos sólo veían a la madre y hermanas de Bellver, fragantes y hermosas, en un navío de color de sol, con velas de nieblas, dejando su isla, imaginada isla de misterio y leyenda...!
>
> (...) La sirena de un buque, ancha, lenta y profunda como un acorde de órgano, ha rasgado el sueño de la noche del mar. No sé quién ha dicho:
>
> —Ese es el correo de Palma.

Sin que por ello se olvide la seducción del ferrocarril, por otra parte no necesariamente más doméstico que los buques para nuestro alicantino:

> Como el paisaje era tan llano y suave, veíamos el tren, que pasaba por las tardes y puso en mí la primera levadura de sueños en tierras lejanas.

Las ilustraciones son de Romero Calvet, más lineales y menos imaginativas que las de Pedrero. La portada es alegórica y en ella tira el diablo de dos mujeres desnudas. Después vemos una escena de la infancia de Antón, con su madre y un perro; dos vistas del pueblo manchego; Antón en el colegio, arrodillado y entre libros; con el matrimonio al que hace víctima de su adulterio desengañado; ella; y una alegoría de todo, con él en medio vestido de su uniforme de colegial.

Los anuncios son más escasos que de costumbe, media docena nada más, y también, como en el caso anterior, el de las aguas de Cestona es el único terapéutico, dejando a salvo el de la entera contraportada, esta vez dedicada a la Paraferina para la tos ferina. El resto ya nos es conocido. Y en consecuencia la mayoría del espacio publicitario está dedicada a los reclamos relacionados con la propia colección, por ejemplo las tapas para encuadernarla semestralmente, en colores a elegir, frambuesa o azul porcelana. Y en la sección habitual de "libros y revistas", se nos recomienda una novela taurina, *El mantón de Manila*, de Estanislao Maestre; y dos publicaciones periódicas, "Comedias y comediantes", dirigida por Antonio Asenjo, y "Mercurio", por Federico Rahola", en Barcelona.

* * * * *

El 30 de agosto de 1912, "Los contemporáneos", en su número 192, publicaban otra novela corta de Gabriel Miró, *La señora, los suyos y los otros* (69).

Estaba dedicada a uno de los escritores amigos, Germán Bernácer, "íntimo, docto, infantil, bueno y todo sencillez..." (70).

En 1927 se volvió a editar en la colección "La novela rosa", de la editorial Doménech, con su título definitivo de *Los pies y los zapatos de Enriqueta*, y lo mismo en 1934, en el tomo tercero de la edición conmemorativa y hoy ya bastante rara de las obras completas (71).

Es la tragedia de una joven de pueblo, la protagonista, sobrina del párroco del levantino imaginario de Boraida, incapaz de ahogar normalmente el amor imposible que siente por don Jaime, el hidalgo rico del lugar, y que opta por sublimarle haciéndose monja (72). "Un macizo de cañas pedía de beber junto a una noria vieja y negra", es una de sus frases que llega a simbolizar todo el tema y su tan ardiente como delicado tratamiento.

Tan delicado que tiene de azoriniano mucho, como que en ocasiones la suavidad llega en él a hacer alguna sombra, nada negativa desde luego, a la intensidad sensual y psíquica a que Miró nos tiene acostumbrados:

> Mire la sencillez de nuestro Boraida; repare en el silencio, en ese color de "pureza" o "pureza" de las montañas, en esta serenidad, y dígame si no parece que haya sido todo puesto y creado para invitarnos a ser santos.

Y bastante extensión, dentro de la reducida de la novelita,

---

(69) Para las vicisitudes de la colección hasta entonces, véase Granjel, *La novela corta* cit., pp. 12-3. El formato era el mismo, calco de «El cuento semanal», que en la primera etapa de Zamacois.

(70) Sobre Bernácer y su relación con Miró, véanse V. Ramos, *Vida y obra* cit., y I.R. Macdonald, *Gabriel Miró: His private library and his literary background* (Londres, 1975; colección «Támesis», serie A, monografías, 41), índices *ad vocem*.

(71) En este volumen apareció juntamente con *La palma rota* y *Dentro del cercado*. La edición apareció en Barcelona, en doce tomos, entre 1932 y 1949.

(72) Vicente Ramos (*Vida y obra* cit., p. 178) dice de la obrita «entroncar con el ciclo que podríamos llamar de *Los contemporáneos*», y participar de los «caracteres románticos» de las otras tres del mismo, «si empleamos esta adjetivación en el mismo sentido que Miró usa en *Dentro del cercado*».

ocupa en ella una pieza maestra, todo un mundo tan pequeño como inmenso, la descripción de la sacristía parroquial. Como que el escritor se puede permitir la complacencia bien legítima de hacerse su propio elogio, al introducirla con la tan sencilla como nítida aseveración de no ser "posible que hubiera sacristía más alegre, clara, limpia y recogida que la de la parroquia de Boraida. Y era muy humilde".

Siendo en ella todo tan primoroso que la tarea de brindar algunos ejemplos nos resulta de veras insoluble, de no transigir con las concesiones a las preferencias personales cuando no lisa y llanamente al azar. Todo, desde "el suelo, de mellados manises arcaicos de fondo blanco y una gentil cenefa de follaje y frutos desbordando de cuernos de la abundancia torcidos, tejiendo guirnalda", hasta el incensario, cuyas "cadenillas, la copa y el braserillo cegaban de tan limpios así como la naveta del incienso que brillaba junto al santoral y el estuche del viril". Pero es más. Era "encima del tablero del arcón", donde el útil litúrgico colgaba de una escarpia, más no de un clavo de codillo, sino de "una alcayata nuevecita que hincaran las lindas manos de Enriqueta precisamente para el incensario; y esta escarpia cuando estaba horra de su peso, también detentaba el religioso servicio para que fue destinada; con tan grande acierto y firme intención había sido hundida en el muro". Sí,

> ¡qué alborozo tan santo remansaba por las mañanas en la humilde sacristía de la parroquia de Boraida! —toda bañada de una palidez, de una mística dulzura como la celda de una santa—; olía la sacristía a jardín celestial y el verjelillo a incienso y monasterio de monjas.

Es la sacristía donde mientras Enriqueta secaba "las ampolletas del agua y el vino sagrados", o sean las vinajeras, "una hebra de sol nuevo, tibio, recién nacido, acudía a sus manos, y allí, entre sus dedos y las vasijitas se deshacía en un pálido llamear de oro" (73). Como que

> llegaba del presbiterio una vocecita aflautada y perezosa del armonium, que mientras pasaba por la húmeda obscuridad

(73) El escritor emplea el pretérito indefinido. Nosotros le hemos sustituido en esta ejemplificación por el imperfecto, en cuanto es todo el ambiente el que también queda reflejado pintiparadamente en ese detalle concretamente temporal del relato.

del templo parecía que también sonara apagada y muy triste; y al recibir el claror de la sacristía y fundirse con el ambiente campesino de frutales, de pozo, de romeros y abejas, tornaba el tañido un cristianismo *más dulce, confiado y alegre*" (74).

No podía faltarnos en esta novelita la seducción que para Miró tuvieron siempre cualesquiera encarnaciones o símbolos de las evasiones de la realidad inmediata, las cuales, hay que apuntarlo al fin aquí, en un escritor de inspiración tan esencialmente ligada a su privilegiada tierra nativa y que vivió una gran parte de su vida en ella, pese a su vestidura geográfica, inconcreta desde luego, equivalían a algo mucho más hondo, a la de la evasión de la materia sin más. En *La señora, los suyos y los otros*, la representan los húngaros artistas ambulantes y leñadores que acampan en el pueblo, de paso naturalmente como correspondía a su encanto nómada, "la tribu que trajo a la quietud lugareña una levadura de virtudes imaginativas: la evocación de tierras remotas, la ansiedad de visiones, lo pintoresco, lo libre, lo fuerte y descuidado", de esas "*gentes dulces, alegres y aturdidas que renuevan en nosotros aromas románticos*".

Y contamos también con esas metáforas tan varias que su clasificación a través de toda la obra mironiana resultaría de veras desafiante. Tales las palabras del párroco "blandas y mitigadoras como un óleo que suavizaba los corazones", y su "pobre bonete de puntas rotas como almenas decrépitas".

Las ilustraciones, de Manchón, son un tanto profusas dentro de los límites habituales en la colección. La portada está llena con el primer plano de Enriqueta, la cual sostiene unas rosas en la mano, medita melancólica y tiene al fondo observándola al humanista don Alicio, abulense arregostado a la suavidad del clima levantino. Una alegoría, creemos, de la supuesta sencillez de la vida, que el mismo don Alicio se obstina en defender al final del relato, y con la cual el novelista se muestra radicalmente disconforme. "¡Sencilla la vida! ¡Y la monja de los zapatos grandes era Enriqueta, la bella sobrina del párroco de Boraida!..." En colores también, vemos al tío de la protagonista, Mosén Antonio, de paseo con el mismo don Alicio; y el velatorio de una de las húngaras que mu-

(74) Véase *Azorín y Miró*, en «Perspectivismo y contraste. (De Cadalso a Pérez de Ayala)», por M. Baquero Goyanes (Madrid, 1963), pp. 83-160; «La vibración de Miró es más apasionada y cálida, más sensual y prolongada. La de Azorín es más suave, más tenue».

rió en Boraida de parto. Y en negro a la hermana de Jaime, Adela, burguesamente sentada junto a un tiesto y con un libro cerrado; a Enriqueta acompañando a "la señora", que así lo es, *tout court*, la madre de Jaime en el lugar; la misma señora con su yerno, el cura y el humanista, entre las tierras víctimas de la sequía; y los campesinos acudiendo a la iglesia donde en esa circunstancia va a predicarles el párroco pidiendo para ellos un milagro del patrono San Rafael.

En cuanto a los anuncios, de los médicos sólo hay uno y que ya nos es conocido, el de las "infalibles" píldoras contra la impotencia de ambos sexos; dos docentes, de sendas academias, para el ingreso en la Escuela de Ingenieros de Caminos la una, y para obtener en tres años el título de licenciado en derecho, o alternativamente aprobar en un curso tres, la otra, reclamo este último de farragosa literatura que ocupa toda la contraportada, y bajo el ampuloso título de "Escuela matritense de estudios superiores de la Facultad de Derecho", instalada en la misma calle de San Bernardo y no lejos de la vieja oficial del ramo, la decimonónica y neoclásica Universidad Central; se repite también el de la fábrica de corbatas de la calle de Capellanes; y en la de Fuencarral, a las señoras se las promete una "gran economía", la de anudarlas y rizar las plumas de sombreros, quedando completamente nuevos. Y en cuanto a los aledaños de los tórculos mismos, además de las tapas para encuadernar la colección, que también servían para el tomo ya vigésimo quinto de la revista "Alrededor del mundo" (75), y de su distribuidor bonaerense que ya conocemos, Camilo Vilaró, con su "gran centro de suscripciones a todas las revistas y periódicos de España", en el número 33 de la calle de Quintana se nos recomiendan el "fotograbado tricolor, bicolor, directo, lineal y zincografía"; y además, la novela empezada a publicar en el citado "Alrededor del mundo", las *Aventuras de un hombre de ciencia*, de L. T. Meade y Clifford Halifax, de la cual se nos lanzan los anzuelos de los títulos de algunas partes, a saber "El ojo de la serpiente", "El caso del castillo tirolés", "La enfermedad del sueño" y "En las gradas del altar". También el turismo hacía ya sus pinitos. Estaba próximo a inaugurarse el canal de Panamá, y a ser

(75) Cuando el impresor José Blass, socio de Zamacois y copropietario con él de «Los contemporáneos», obligó al escritor a venderla al periodista Manuel Alhama Montes, fundador de «Alrededor del mundo», quedando de momento Zamacois como director a sueldo, pasó a imprimirse aquélla colección en los talleres de esta revista.

festejado el evento con una exposición internacional en San Francisco y San Diego, y a los interesados en ésa se les daba una dirección en la primera de ambas ciudades; "la unión de los dos océanos al mundo comercial".

Pero desde el punto de vista de la historia de las mentalidades, nos ha llamado la atención sobre todo el anuncio del autopiano, ese "maravilloso aparato que facilita a cualquier persona el modo de ejecutar las obras musicales de una manera verdaderamente artística, puesto que permite acentuar cualquier nota o grupo de notas, realizando por consiguiente lo que hasta ahora se consideraba imposible". En la tan bullanguera calle madrileña de la Victoria, otrora sede del convento de los mínimos que adoptó la advocación de esa virgen, "aparatos aplicables a cualquier piano y pianos combinados con aparato". Y recordamos las clases de nuestro profesor de las aulas levantinas, don Julián San Valero, con su agudeza de siempre, en su ejemplo de ciertos anuncios finiseculares ponderativos de sus mercancías como "enteramente hechas a máquina"!

"El obispo leproso" en "La novela semanal"

Se había ya entrado en los años veinte. Y en el cuarto de su vida "La novela semanal", cuando en su número 143 (76), el 5 de abril de 1924, publicaba un título de Gabriel Miró, *Señorita y sor.*

Apartándose de lo normal en la colección, las ilustraciones se reducen a la portada en colores, de Baldrich, una margarita estilizada con un círculo en su interior dentro del cual otro semicírculo se inscribe. Acertada, nos parece, la policromía; acaso la idea con alguna nostalgia anticipada de la abstracción; y allá cada cual si logrado, o siquiera pretendido, el símbolo argumental.

Los anuncios se reducen a una hoja, la última del tomito, y todos de la casa, de la empresa editora, la poderosa y difundida "Prensa gráfica": el número siguiente de la colección, que era una traducción del portugués, *El glorioso abuelo* de Rocha Martins; y el distribuidor "sudamericano", en Buenos Aires, además de "La novela semanal", de las grandes revistas ilustradas, "La esfera", "Nuevo mundo" y "Mundo gráfico", de "Aire libre" y de

(76) Véase Granjel, *La novela corta* cit., pp. 32-7.

"Elegancias". Por cierto que una nota adicional al reclamo nos es todo un síntoma de la liberalidad económica de aquel período de entreguerras anterior todavía a la crisis de 1929: "El pago de subscripciones puede hacerse, para mayor comodidad del público, en giro bancario o postal, en sellos de correos argentinos o en billetes de bancos argentinos, españoles, uruguayos, chilenos o norteamericanos".

Un preámbulo sin firma, bajo el título tan simple de "Gabriel Miró", dentro de un tono vulgarmente elogioso, contenía algunas apreciaciones exactas aunque no particularmente penetrantes:

> Gabriel Miró es el hombre de su obra. Como ella elevado, pleno de reposo, de serenidad, de precisión expresiva. Y de dolor profundo. (...) con su voz grave, que parece haber adquirido el tono emocional sonando solitario *(sic)* bajo claustros antiguos o en la cima de un acantilado a la que ya la otra voz del mar llega como un sordo rumor cariciosamente rítmico.
>
> Sorprende en la palabra de Miró la exactitud de los vocablos. Sorprende y halaga, porque nos ratifica en la admiración al escritor: se comprende, entonces, que esa prosa plástica, maleable, rica y de una enorme potencialidad evocativa, es el producto natural de un temperamento de artista, no la secreción lenta, difícil y provocada del rebuscador de diccionarios y hurgador de clásicos.

Y del momento literario que el escritor estaba viviendo, desde luego el de la plenitud, opina, nosotros creemos que con acierto, estar acentuándose más "su mirada hacia los días pretéritos, la contemplación del niño, del pubescente de ayer por este hombre de hoy que resistió tantas cosas efímeras y, sin embargo, crueles".

Pero precisemos la cronología, 1924 hemos dicho. Hacía ya tres años que *Nuestro padre San Daniel* había aparecido en la colección "Autores españoles", de la editorial madrileña Atenea. *Novela de capellanes y devotos*, la novela de Oleza, de la Orihuela de su inolvidable colegio Jesuita de Santo Domingo. Y *Señorita y sor* es un episodio de la segunda parte, *El obispo leproso*, que tardaría en salir otros dos años todavía, en "Biblioteca nueva", y había sido comenzada acaso en 1916 (77).

(77) Parece que el título pensado al principio era *El obispo leproso y la loca*.

Señorita y sor consta de doce breves capítulos sin subtitular. Los siete primeros se corresponden con el segundo de *El obispo leproso*, titulado *María Fulgencia* y dividido en tres subtítulos, *El señor deán y María-Fulgencia, María-Fulgencia y los suyos,* y *El ángel.* Los dos siguientes, el octavo y el noveno, son correlativos del primer subtítulo, *Conflictos*, del cuarto de la novela larga, *Clausura y siglo*; y el décimo y el undécimo, del subtítulo cuarto, *Mauricio*. Sin hacer un estudio de *El obispo leproso*, que desbordaría de plano nuestros propósitos aquí, hemos advertido que en el texto dado como definitivo (78) está amplificada la novela corta. Pero a partir del capítulo sexto de aquélla, *Pablo y la monja*, cuyo título es indicador bien elocuente de cómo el episodio en que *Señorita y sor* consiste penetra en la entraña del argumento principal de *El obispo*, los paralelos ya son menos precisos, sobre todo a partir del que se da entre el capítulo último, en su primera parte, de la primera, y *Tribulaciones*, primer subtítulo del capítulo sexto dicho del segundo. En efecto, menos de cerca pueden seguirse entre el subtítulo tercero, *Estampas y graja*, y la continuación sin división alguna de *Señorita y sor*, que los tiene también con el subtítulo cuarto, *La monja*. Donde, a partir de la escena en que el adolescente Pablo y María-Fulgencia se conocen, *Señorita y sor* termina sin violencia, con una frase que encontramos como conclusiva también de ese subtítulo de *El obispo leproso*, frase reiterativa que se pone en boca del deán de Oleza tutor de la protagonista de la novela corta que troca el hábito temprano de salesa por un matrimonio con el primer vejestorio que se la presenta: "—¡Ya está María-Fulgencia encaminada! ¡Ahora sí que acertamos, y ahora se acabó, ni más ni menos!..." (79).

Y la tal relación entre las dos obras es natural. Porque *Señorita y sor* viene a ser como un desglose. Un desglose del caso de María-Fulgencia, desglose del tronco de la novela larga protagonizada por Pablo sobre todo, y en consecuencia lo que para ésa era vital, su tal entronque con Pablo mismo, había de quedar fuera de la corta a no ser por las alusiones finales. Lo que ocurre con la continuación del caso de la ex-monja y mal casada en *El obispo*

---

(78) Falto de la última parte, el relato del entierro del obispo, que en Polop, en el verano de 1926, quemó el escritor, según testimonio de su esposa.

(79) En *El obispo leproso* (citamos por la edición de Aguilar, «Obras escogidas»; Madrid, 1950; p. 997), el texto tiene alguna variante: «—¡En fin, ya está María-Fulgencia encaminada! Ahora sí que acertamos; y se acabó. ¡Ni más ni menos!».

leproso, a saber el subtítulo quinto del citado capítulo sexto, *Ella y él*, y el capítulo séptimo y final, *La felicidad*, que ya no están en *Señorita y sor*.

Y decíamos que no íbamos a entrar en el estudio de *El obispo leproso*. Bastándonos con aseverar como *Señorita y sor* es una pieza del mismo magistralmente separada. Sin dejarnos sensación alguna de ausencias o cortes.

Poco después de que transcurrieran seis años de su aparición, el 27 de mayo de 1930, ya en decadencia el mundo de la novela corta española, Gabriel Miró moría en su casa del Paseo del Prado de Madrid. Sin haber enriquecido con ningún nuevo título las colecciones postreras de la misma, a cuyo ORTO tan ligado estuvo su TRIUNFO en vida.

* * *

En este año centenario del nacimiento de Gabriel Miró, conmemorábamos nosotros en las tierras de Sepúlveda, corazón de Castilla la Vieja, un cincuentenario más modesto. El del descubrimiento de la necrópolis visigoda de Duratón. Y al rendir en esa circunstancia tributo a su excavador, el arqueólogo Antonio Molinero, a propósito de la explicación tan sencilla como profunda y definitiva que un día éste nos diera a su vocación humanista, la del amor a la vida sin más, no podíamos por menos de recordar, sin forzar las cosas, al escritor levantino, uno de los de sensibilidad más honda, más densa y energía idiomática de las literaturas de todos los tiempos y latitudes (80). Y aquí lo traemos a colación cual un botón de muestra tan solo de como los mensajes de los maestros de la literatura viva, a los más recoletos y menudos rincones de la vida de cada lector, también viviente a guisa de tal, pueden llegar. Cuando de veras la literatura puede ser considerada el hecho superior de la vida. En una frase del investigador de las letras latino-cristianas del alto medievo, Jacques Fontaine.

---

(80) A pesar de lo cual, los editores de la *Enciclopedia británica*, de 1978, no han dedicado a Gabriel Miró un artículo. La anomalía es tan increíble que nos hemos de abstener en absoluto de comentarla.